

Luis Moya Blanco

| JAVIER GARCÍA-GUTIÉRREZ MOSTEIRO

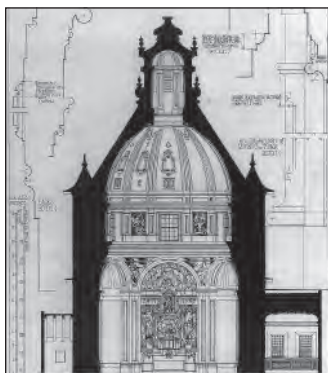
¿Resumir en pocas líneas lo que supone –cuantitativa y cualitativamente– el legado de Moya a la biblioteca de la ETSAM? ¿Pretender aquí siquiera un esquema de la compleja y enorme figura del arquitecto? Avancemos que el legado de Moya a la ETSAM se realizó en dos fases: primero, en los años ochenta, hizo Moya donación del vastísimo conjunto de planos, croquis y dibujos de su obra arquitectónica; poco después, hizo otra importante entrega de dibujos de arquitectura –esta vez, de campos más amplios que el estricto quehacer profesional– que, tras su muerte en 1990, completó generosamente su viuda Concepción Pérez Masegosa.

Se trata de un fondo que ronda los diez mil documentos y que es, en suma, asombrosamente variado: sólo imaginable en quien, como Moya, hizo del ejercicio de la arquitectura su constante y fecundo empeño. Abarca el conjunto de su mucha obra construida y también el de la que fue sólo proyectada. Casi todos los proyectos, además, se conservan con su entera documentación; incluye ésta, en muchos casos, desde los primeros bocetos a los planos definitivos, en un abanico de escalas verdaderamente sorprendente –¡y aleccionador!–: desde las escalas territoriales para situar una “ciudad ideal” como la Universidad Laboral de Gijón, hasta la escala 1/1 en que terminaba por definir el detalle de su arquitectura.

Comprende el legado, asimismo, muchos proyectos y dibujos (levantamientos, vistas, análisis...) de sus años de formación; y no pocos de los muy reveladores apuntes manuscritos que tomó como estudiante.¹ No es frecuente encontrar el caso de un arquitecto que, como él, haya extendido tan característicamente el uso del dibujo más allá del ejercicio profesional: el dibujo como medio no sólo para idear el objeto a construir sino también para entender, analizar, aprender a ver la arquitectura (y de ello da buena cuenta nuestro legado).

Luis Moya Blanco nació en Madrid, en 1904, en el seno de una familia muy ligada a la arquitectura y la ingeniería. Su padre, Luis Moya Idígoras, fue un

¹ MOYA BLANCO, Luis: *Cuaderno de apuntes de construcción de Luis Moya (curso 1924-1925)*. Madrid: Instituto Juan de Herrera, 1993



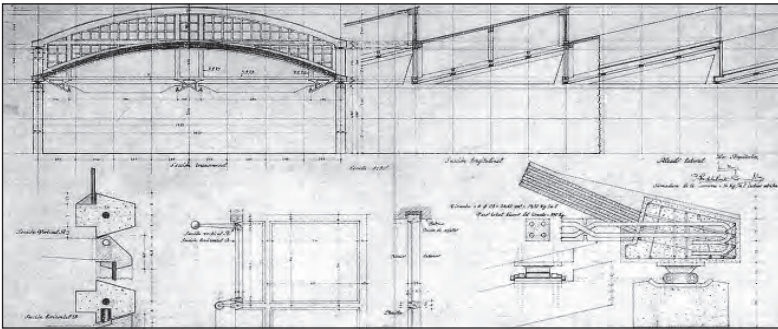
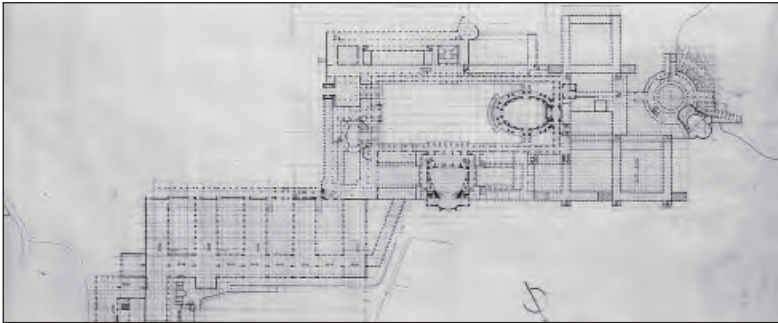
1. Esquema constructivo del Panteón de París en *Cuaderno de apuntes de construcción de Luis Moya* · 1924-25) | 2. Vista del Rastro madrileño con la cúpula de San Cayetano al fondo · ca. 1924 | 3. Sección y detalles de molduras de la capilla de Nuestra Señora de la Portería en Ávila · 1927 | 4. Perspectiva de la pirámide del Sueño Arquitectónico · 1938 |

prestigioso ingeniero de caminos; y su tío Juan, que ejerció gran influencia sobre él -y al que llegaría a suceder como Académico de la Real de Bellas Artes-, fue catedrático y director de esta Escuela de Arquitectura. Ya en el bachillerato, que cursó con los marianistas de El Pilar, se sintió muy atraído por el mundo de la arquitectura, de manera que cuando ingresó en nuestra Escuela (1921) venía -como señalaría, admirado, uno de sus más conspicuos compañeros de promoción- con la personalidad "ya definida". Se tituló en 1927, obteniendo por su proyecto fin de carrera (un mausoleo para Beethoven) el premio *Manuel Aníbal Álvarez* que otorgaba la Escuela.

Su primera andadura profesional se vio acompañada por la búsqueda formal, indagando en las capacidades expresivas de muy disímiles lenguajes. Buen ejemplo de ello es el proyecto que, en colaboración con su compañero Joaquín Vaquero Palacios, realizó para el *Concurso Internacional del Faro a la Memoria de Cristóbal Colón* en Santo Domingo (1929-1932); con su brillante resultado, los dos jóvenes arquitectos alcanzaron ya renombre más allá del ámbito nacional.

En 1936 ganó en esta casa la cátedra de *Dibujo de Composición Elemental*, que no llegó a poder desempeñar hasta después de la Guerra Civil. En esos años de tragedia, en los que la necesidad de expresión del arquitecto sólo podía materializarse en el plano del dibujo, ideó el *Sueño Arquitectónico*: proyecto de monumento a la muerte, cuya intensidad se concentraba en una imponente y surrealista pirámide hueca. Los dibujos del *Sueño*, aun inseparables del mundo de las ideas y de la ensoñación, contenían todos los elementos definitorios de una arquitectura real y susceptible de ser construida, emplazada en un lugar preciso de Madrid; ellos actuaron como *catalizador* de la opción de Moya por el lenguaje clásico: el rasgo que marcó con más decisión su arquitectura.

¿Por qué el lenguaje clásico a partir de entonces? El valor privilegiado que encontró Moya en ese lenguaje -su vocabulario, su sintaxis, su semántica- era el de haber sabido expresar formalmente precisos contenidos decantados en la historia, que él entendía aún vigentes. Es significativo el hecho de que a la vez que realizaba esa inmersión en el *Sueño arquitectónico* comenzara su estudio de los arquetipos de Jung; y también lo es que simultáneamente se dedicara a traducir del alemán *Von Ledoux bis Le Corbusier*: ¿hasta qué punto, con ello, no buscaba Moya una trayectoria paralela a la trazada por Kaufmann pero sin la renuncia al lenguaje clásico?



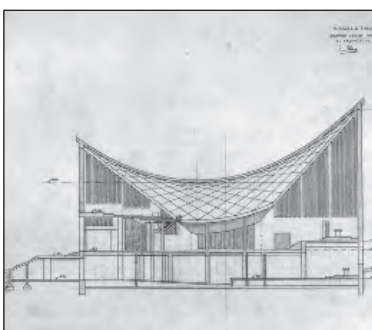
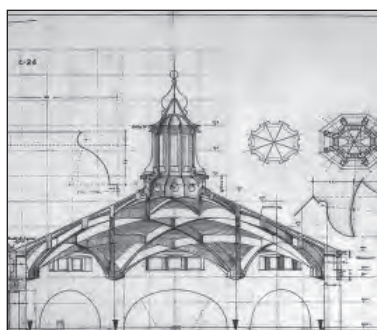
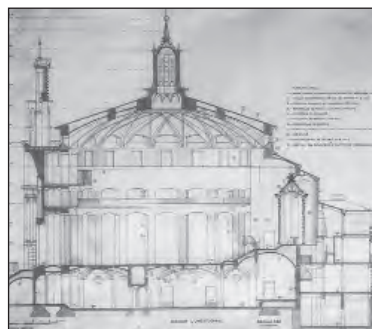
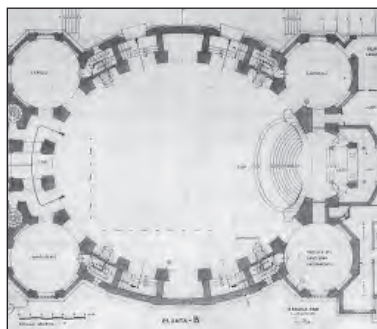
1. Alzado general del Museo de América en Madrid · 1946 · Con Luis Martínez Feduchi |
2. Planta general de la Universidad Laboral de Gijón · 1946-46 · Con Ramiro Moya y Pedro Rodríguez de la Puente |
3. Detalle constructivo de las bóvedas de los talleres de la Universidad Laboral de Gijón · 1946-56 · Con Ramiro Moya y Pedro Rodríguez de la Puente |

La posición crítica de Moya respecto a la ortodoxia del Movimiento Moderno (por lo demás, enmarcable en la ya formulada por la escuela racionalista madrileña -Lacasa, Sánchez Arcas, Arniches y Domínguez entre otros-), no sólo quedaría registrada en sus construcciones: artículos como “Tradicionalistas, funcionalistas y otros”, publicado en la *Revista Nacional de Arquitectura* en 1950, dieron buena cuenta de sus posiciones teóricas.

Tras la Guerra Civil participó en importantes obras de restauración y de nueva planta. La escasez de hierro y cemento de la postguerra le hizo volver en sus construcciones a los oficios tradicionales, al sistema de muros de carga y, en particular, a las bóvedas tabicadas. Este retorno conllevó en Moya una especial fruición, emprendiendo una busca e investigación -tempranamente registradas en su tratado *Bóvedas tabicadas* (1947)- que se prolongaron más allá de la penuria económica de los cuarenta. En dos grandes conjuntos, el Escolasticado de Carabanchel y el Museo de América (1942-44), ya estableció la base de su producción arquitectónica más propia: la que articularía los códigos expresivos del lenguaje clásico con la condicionante -si no determinante- tectónica de los sistemas abovedados.

Sobresaliente, y muy característica de Moya, es la serie de investigaciones formales, constructivas y litúrgicas en torno a la arquitectura del templo; en particular, tuvieron gran resonancia -aun internacional- sus grandes cúpulas de arcos cruzados de ladrillo sobre planta elíptica. Sentó este tipo con la iglesia madrileña de San Agustín (1945-55), y lo desarrolló más tarde en las magnas construcciones de la Universidad Laboral de Gijón (1946-56) y de Zamora (1947-53) y en la iglesia parroquial de Torrelavega (1956-62). Tras las directrices del Concilio Vaticano II tuvo ocasión de seguir innovando con otros tipos de iglesias, como las madrileñas del Niño Jesús y de Santa María Madre de la Iglesia. En éstas avanzó planteamientos muy distintos de los anteriores, no recurriendo ya al lenguaje clásico; pero no renunció a la experimentación constructiva en torno a las bóvedas tabicadas, que continuó y llevó a un último extremo.

Entre 1963 y 1966 fue director de esta Escuela de Arquitectura. Tuvo, entonces, que hacer frente a situaciones complejas y por entero nuevas: aumento masivo del alumnado; comienzo del movimiento estudiantil en la Universidad; redacción del nuevo Plan de Estudios de 1964, según las exigencias del Plan de Desarrollo, y el consiguiente debate sobre la



- 1 y 2. Planta y sección longitudinal de la iglesia de San Agustín en Madrid · 1945-55 |
3. Sección de la cúpula de la Universidad Laboral de Zamora y detalles · ca. 1947 |
4. Sección longitudinal de la Capilla del Niño Jesús en Madrid · 1965 |

conveniencia de la especialización del arquitecto. En su condición de director –según era entonces costumbre– se hizo cargo de la cátedra de Proyectos. En la larga labor desempeñada en nuestra Escuela (ampliada, tras su jubilación, en la de la Universidad de Navarra) formó –dejando huella– a muchas generaciones y grandes nombres de la arquitectura española.

“Maestro de maestros”, como ha sido tantas veces llamado, fue, además, un erudito humanista, que poseyó una de las bibliotecas de arquitectura más destacadas de nuestro país; y que dejó una enjundiosa obra teórica sobre arquitectura (cuyos anexos gráficos conservamos también, en buena parte, en la biblioteca de la Escuela).

Murió en Madrid, en su casa de la calle de Pedro de Valdivia (interesantísimo edificio que construyó en 1957 y en el que tuvo también su último estudio profesional). Su obra, desde entonces, ha ido despertando más y más interés. Había sido estudiada en primer lugar por Antón Capitel, catedrático de esta Escuela, en su tesis *La arquitectura de Luis Moya Blanco*:² un oportuno y valiente estudio en aquellos años ochenta poco propicios a comprender la complejidad y singularidad de una figura como la de Moya; y esta tesis, como todo trabajo de investigación que verdaderamente lo es, abrió nuevas líneas. Se han producido, así, otros trabajos y tesis doctorales –en España y en Italia– sobre aspectos concretos de la extensa producción de Moya;³ se han organizado –en distintas ciudades españolas y en Roma– exposiciones sobre su arquitectura;⁴ se está realizando, en fin, con la biblioteca de la ETSAM, un proyecto I+D que se apoya precisamente en este legado.

Nos preguntábamos al principio acerca de la dificultad de esbozar el alcance del singular legado de planos y dibujos de Luis Moya que se conserva en la Escuela. De ese alcance nos empieza a hablar la serie de estudios a la que nos hemos referido y los que, sin duda, a partir de ese fondo documental, se seguirán generando: el mejor indicio –y garantía– de la vida de un legado.

2 CAPITEL, Antón: *La arquitectura de Luis Moya Blanco*, Madrid, COAM, 1982

3 En esta Escuela se leyó la tesis *Dibujo y proyecto en la obra de Luis Moya* (1996), de quien esto escribe; en el *Istituto Universitario di Architettura di Venezia*, se leyó *Composizione e movimento nel rapporto tra architettura e paesaggio: l'Università Laborale di Gijón di Luis Moya* (2004), de Sabrina GRECO; en la Universidad de Bolonia, se está preparando una tesis sobre las iglesias de Moya, por Agnese FANTINI.

4 Cf. Antón CAPITEL y Javier GARCÍA-GUTIÉRREZ MOSTEIRO (dirs.), *Luis Moya Blanco. Arquitecto. 1904-1990*, Madrid, 2000.